

“LOS FUNDAMENTOS DE LA INDEPENDENCIA Y SUS CONSECUENCIAS”

En esta edición de “Diálogos al Café – Marcos Escudero”, el debate se centró en una pregunta incómoda pero inevitable: ¿entendemos realmente lo que significó la independencia de Bolivia y sus consecuencias dos siglos después? El encuentro, dedicado a rescatar la memoria de Marcos Escudero —figura clave del 14 de septiembre de 1810 y fundador de la Universidad Mayor de San Simón—, buscó despojar la historia de slogans y liturgias para exponer sus capas más complejas.

La conversación reunió a la historiadora Ana María Lema, investigadora y coautora de la obra *Historia de Bolivia: miradas críticas*, y el historiador Bernardo Gantier, presidente de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Chuquisaca. Ambos aportaron una mirada rigurosa y provocadora sobre los fundamentos y las consecuencias de la independencia, mientras Roberto Laserna, economista y analista político, moderó e intervino con contrapuntos documentados que desafiaron las versiones convencionales.

Entre reflexiones sólidas y provocaciones calculadas, el diálogo desmontó mitos consolidados: la independencia como gesta homogénea, el pueblo como bloque patriota y los libertadores como salvadores incuestionables. El resultado fue un ejercicio de memoria crítica que, más que cerrar el debate, abrió nuevas preguntas sobre el país que somos y el que podríamos llegar a ser.

AUTONOMÍA ANTES QUE INDEPENDENCIA: LA SEMILLA OCULTA

Antes de que el 25 de mayo de 1809 se convirtiera en símbolo, la audiencia de Charcas ya tensaba la cuerda con Lima. No se trataba solo de distancia geográfica: Potosí, con su riqueza minera, y la Universidad de San Francisco Xavier, con su prestigio académico, fueron epicentros de un orgullo regional que no aceptaba ser periferia. Ese deseo de autonomía —inicialmente compatible con la lealtad al rey— se profundizó con cada conflicto y se alimentó de rivalidades comerciales, políticas y culturales.

La guerra de independencia no fue, como suele repetirse, un frente único de “patriotas contra realistas”. Fue una guerra civil prolongada, con cambios de bando y alianzas temporales según conveniencias locales. Hubo pueblos que apoyaron a las tropas realistas un año y a las patriotas al siguiente, movidos más por la sobrevivencia que por ideologías. En ese vaivén, el ideal autonomista fue ganando forma hasta mutar en una apuesta irreversible por la independencia, aunque sin un consenso claro sobre qué tipo de Estado se quería construir.

Ese trasfondo explica por qué, incluso en plena lucha, el objetivo central para muchos líderes no era fundar una nación nueva, sino garantizar el autogobierno de sus regiones frente a centros de poder distantes. La independencia fue, para ellos, el medio inevitable cuando la autonomía ya no podía sostenerse bajo la estructura colonial. Esta raíz, más territorial que ideológica, sigue presente en las tensiones regionales actuales.

VIOLENCIA, IMPROVISACIÓN Y UN PAÍS SIN MANUAL DE INSTRUCCIONES

La independencia llegó con un precio descomunal: economía devastada, despoblación masculina y ruptura abrupta del estado de derecho que había regido por más de dos siglos. Se destruyó la estructura jurídica e institucional heredada de la colonia, pero no se reemplazó con un sistema sólido. En su lugar, se importaron modelos europeos —especialmente franceses— que, lejos de adaptarse al contexto local, se impusieron como moldes rígidos sobre una realidad que no los sostenía.

Los primeros gobiernos actuaron a tientas, entre intentos de reformas educativas, codificaciones legales y reorganización territorial, pero con un Estado sin experiencia administrativa ni cuadros técnicos consolidados. En lo económico, sobrevivieron estructuras coloniales y se mantuvo la desigualdad profunda, especialmente hacia las comunidades indígenas, que perdieron espacios de representación que sí habían tenido en la época colonial. La violencia política no se extinguió con la independencia; se reconfiguró en luchas internas, golpes y conflictos regionales que marcaron el siglo XIX y más allá.

Este escenario de improvisación no fue casual: las élites republicanas se encontraron con un territorio vasto, poco articulado y socialmente heterogéneo, donde las promesas de igualdad y prosperidad chocaban con una realidad de caminos inexistentes, comercio fragmentado y tensiones étnicas latentes. Sin un “manual de instrucciones” para gobernar, el nuevo Estado se construyó en medio de ensayo y error, dejando heridas institucionales que todavía condicionan su funcionamiento.

IDENTIDAD FRAGMENTADA: ENTRE CAUDILLOS Y MEMORIA SELECTIVA

La narrativa oficial convirtió a Bolívar y Sucre en símbolos únicos de la independencia, eclipsando a figuras locales y a procesos internos decisivos. Este culto al caudillo externo instaló una idea peligrosa: la de un país que necesita “salvadores” para existir. Al mismo tiempo, el olvido deliberado de la audiencia de Charcas y de sus protagonistas dejó fuera de la memoria nacional una parte esencial de nuestra historia larga, la que explica el tejido político y social previo a 1825.

El resultado ha sido una identidad fragmentada. Por un lado, un imaginario que exalta gestas militares por encima de la construcción institucional; por otro, una débil cultura de respeto a la ley y a las instituciones. La visión romántica del caudillo como figura providencial se ha reforzado durante dos siglos, dificultando el fortalecimiento de un Estado basado en reglas más que en personalidades. En el diálogo, se insistió en la necesidad de revisar el panteón de héroes, integrar a personajes invisibilizados y reconocer la resiliencia de comunidades y ciudadanos que, sin aparecer en los libros, sostuvieron al país a lo largo de sus crisis.

Ese llamado no es un mero ajuste de la memoria histórica, sino una condición para recomponer la confianza colectiva. Reconocer a constructores de instituciones y líderes comunitarios, así como rescatar las prácticas políticas inclusivas que existieron en el pasado, podría ofrecer un contrapeso a la cultura de personalismos que ha dificultado la consolidación democrática en Bolivia.

CONSIDERACIONES FINALES

La discusión dejó claro que la independencia boliviana fue tanto una ruptura como una herencia. Rompimos con el dominio español, pero heredamos y transformamos tensiones, desigualdades y patrones de poder que aún persisten. La guerra no fue una película de buenos contra malos, sino una serie de conflictos internos atravesados por intereses económicos, rivalidades regionales y visiones encontradas del futuro.

A dos siglos, la tarea pendiente no es solo celebrar fechas y levantar monumentos, sino reconciliar nuestra historia larga con nuestra historia oficial. Esto implica asumir la complejidad del pasado — incluyendo sus contradicciones— y construir una identidad nacional que no dependa de figuras salvadoras, sino de instituciones sólidas y una ciudadanía consciente.

La independencia, concluyó el panel, no fue un punto de llegada, sino el inicio de un camino que aún estamos recorriendo. Un camino en el que, parafraseando a los organizadores, la memoria debe ser algo más que una conmemoración: debe ser un compromiso con el futuro.

Disertantes: **Ana María Lema** (Investigadora e historiadora)
Bernardo Gantier (Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Chuquisaca)
Roberto Laserna (Economista y analista político)

Moderador: **Roberto Laserna**

Enlaces de Video:

- **Facebook:**
<https://www.facebook.com/share/v/1CVcofjBxS/>
- **YouTube:**
Ana María Lema halar xxxxxxxxxxxxxxxx
Bernardo Gantier xxxxxxxxxxxxxxxx
Roberto Laserna xxxxxxxxxxxxxxxx